

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



UN EPISODIO DE 1809.

Semestre. 3' Ptas.
Año... 5'50 id.

Pago en moneda, li-
branza ó sellos unica-
mente en la Administra-
cion de 10 a 1 y de 3 a 5.

ESCUDILLERS, 5, 7 Y 9
BARCELONA

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 23 Junio 1887

10 céntimos de pta.
y 15 los atrasados.

De venta en las libre-
rias, kioscos, vendedo-
res ambulantes y punto
de costumbre en

ESPAÑA

Núm. suelto 10 céntimos de peseta * Núm. suelto 10 céntimos de peseta

CARTAS Á UN INGLÉS

III.

Con un calor de 28° Reaumur á la sombra, ¿como quiere V., amigo Jhon, que tenga humor para escribir? Las ideas se duermen empericadas en el cerebro, y por mas que hurgo con mi pluma no logro hacerlas salir de sus casillas. Por lo tanto me limitaré á una breve reseña hecha á *paso de banderillas*. Allá vá:

Durante esta ultima quincena hemos tenido procesiones del Corpus por arriba y por debajo, por delante y por detrás. Oh! que pais mas religioso! pensará sin duda V. Pues no lo crea. Desde que el papa Juan XXII instituyó dicha solemnidad, hasta principios del siglo actual, ella fué indudablemente una pública manifestación de los sentimientos piadosos de nuestros antepasados, pero hoy! hoy únicamente sirve para dar pública ostentación á la vanidad. Tal asiste á ella para lucir una vengra, tal para congraciarse con el diputado ó el alcalde, encargado del pendon, tal para pavonearse ante la dama de sus pensamientos, y el pendonista que siempre es un cacique ó un personaje encumbrado, escoje este acto para hacer recuento de amigos y parciales, al objeto de dar golpe á los ojos de sus contrarios. De suerte que en semejantes funciones el Corpus es el pretexto y el sacramento lo accesorio. Porque en España, donde se ha perdido por completo la fé que hace santos, y ha quedado solo la rutina que hace hipócritas, lo principal es entre gente alegre, la bulla, y el medro entre gente codiciosa. Calcule V. pues si habrá afición á una clase de solemnidades que ofrecen á espectadores y á concurrentes estos dos alicientes á la vez, V. se asombrará de que me espese en tales términos. y resistirá dar crédito á mis afirmaciones, porque V. es de los que imaginan que España es una nacion profundamente católica. Pues desengáñese: aquí hay mucha cosa nuestra en la conciencia, que sin embargo parece viva porque tiene vida oficial. Cerrad, decía en fecha memorable el nunca bastante llorado Prim, las tropas en los cuarteles, y vereis lo que sucederá. Pues cosa análoga á lo que el ilustre general decía con respecto á la política, pudiera decirse con respecto á la mayor parte de nuestras instituciones sociales. «Encerrad bajo siete llaves la ignorancia y la hipocresía, y vereis lo que va á pasar con muchas cosas que afectan todos seguir y venerar.»

Un representante de la nacion, el Sr. Ulloa, ha revelado (digo mal) ha enumerado en la Cámara graves cargos contra la Administración de justicia que es defensa de nuestras vidas y haciendas, cargos que de salir ciertos seria cosa de pedir á Dios que lloviese sobre nosotros el azufre y la pez encendida que tra-

gó á Sodoma y Gomorra. Esto como V. puede imaginar, nos alborotó en gran manera, pero se levantó el Ministro para decir que era una calumnia, y nos hemos quedado completamente satisfechos.

No quiero hoy hablarle de lo que pasa fuera de casa, porque presumo que estará V. bien enterado. Que Bismarck tenga enfermos los nervios; que al Emperador Guillermo se le haya calmado la tos; que al Príncipe heredero se le haya extirpado el pólipio de la garganta; que Monsenor Rampolla haga votos para que se reconcilien el Quirinal y el Vaticano; que la Reina Victoria celebre el quincuagésimo aniversario de su elevación al trono de Inglaterra; que el sultan de Constantinopla tema que un momento á otro estalle una revolución palaciega con motivo de la enmarañada cuestión de Egipto; que el czar Alejandro de Rusia padezca obsesiones cada vez que se pone el sombrero pensando que se va á encontrarse con un cartucho de dinamita en el forro; que Mr. Grevy tenga la pluma en la mano para extender la dimisión de Presidente de la República, y mil quisicosas por el estilo de que en este momento se ocupa Europa, maldito lo que me interesan para que me moleste en referirlas y contarlas. A lo de España me atengo; y como aquí fuera de unas cuantas lamentaciones del diario *La Fé* quejándose de que los periódicos católicos desaparecen por falta de suscriptores porque el clero encuentra que el Catolicismo prospera cuando el Gobierno les paga; fuera de los discursos que los reformistas han pronunciado en Toledo para convencerse mutuamente de que es preciso que ellos suban al poder ó sino se desquician las esferas; fuera del veneno que se expende en los estancos en forma de cigarros y de cigarrillos de Sevilla y Santander; fuera del incremento que va tomando la falsificación de moneda decimal; fuera de algunos abusillos que pasan por la Administración para que todo no sea monotonía y sueño; fuera de algún altercado entre gente de bonete, y varias otras friolerillas, lo demás no monta un comino porque todo corre como una seda; no hay sino que dar por concluida esta epístola.

JUDAS TADEO.

CADENA PERPETUA

novela original
de

Pedro Huguet y Campaña

(Continuación)

provecho que la más refinada filosofía. Peca-
ba un tanto de verbosidad en el decir, defec-
to comun en Andalucía, pero entre el raudal

desus palabras brotaban, á manera de perlas, abundantes sentencias y consejos de profundo sentido dignos de gran pensador. Su nariz pronunciadamente aguileña, sus labios finos y apretados, y sus ojos negros, pequeños y punzantes, casaban de tal manera con las chupadas mejillas, el recio menton, la frente despejada, el cuello soberbiamente erguido, y los grises cabellos que le cepillaban el jorgal, que juntos combinaban una fisonomía inteligente é inspiradora de respeto. Profundo se lo tenía Don Gonzalo, porque de niño había aprendido á venerarle, y adulto ya, y hombre luego, en mil circunstancias tuvo ocasión de paladear las mieles de bondad que de aquella alma llevada se derivaban.

Pero hete aquí, lector amigo, que mientras nos hemos entretenido bosquejando el retrato del cura, este y Gonzalo han recorrido el sendero orillado de nopales que se prolonga á espaldas del huerto rectoral de modo que enfilan ya por la angosta carretera que conduce al señorial palacio de los antiguos marqueses de Vallehondo.

Hablando iban los dos paseantes de lo opulenta que se presentaba aquel año la cosecha, cuando al volver de un recodo dieron con Manolico que, silbando una playera venia de cumplir el encargo de Don Gonzalo.

—Manolico,—dijo este sin dar tiempo á que el muchacho realizase su conato de saludo;—¿qué ha dicho la señora?

—Me ha contestado que «¡Bueno!»

—Estaba triste?

—Me ha parecido que una miaja.

—Anda, hijo, apresurate, que es hora de tocar el *Ave-maria*; dijo el cura

Y el chico se largó, volviendo á los pocos pasos á reanudar la interrumpida sonata.

—Ve V., Don Fermin? Tardo cinco minutos mas de lo acostumbrado en regresar á casa, y Camila se me pone mohina: y luego tiran si me embobo con ella!

Esto dijo Gonzalo con tal aire de alegría, que mas que marido dichoso parecía novel amante en los primeros días de verse correspondido por su novia. Y como el cura no replicase palabra, añadió el joven:

—V. no sabe lo que me espera ahora? Pues flojito trepe! No hablarme ella en veinte minutos, ni serenar el rostro en toda la noche

Calcule V! La verdad es que tiene razon; porque yo con mis parvas, y mis rebaños, y mis molindas, y mis trillas, me paso horas y horas, todos los días ausente de su lado. Y un esposo no puede hacer esto con su mujer, porque ambos son un mismo cuerpo con dos almas, y donde está el uno debe estar el otro. No es esto, Don Fermin? Oh! Camila entiende mucho de estas filosofías, porqué las oyó infinidad de veces á su padre y á mi señor tío, que santa gloria goce, cuando platicaban al amor de la lumbre en su casa de Málaga. Que tiempos aquellos, D. Fermin! Entonces sí, que aunque me hubiesen dicha «arde tu hacienda», yo no habría acudido á apagar el fuego, si para ello hubiese tenido que privarme un segundo de la presencia de Camila. ¿Como pues quiere V. que no se enfurruñe viendo lo desapegado que de ella vivo?

—A propósito; dijo el cura, que mientras hablaba Gonzalo había estado como si cavilase. Quiero hacerte una pregunta.

—Diga V.

—Estás seguro de que el clima de Vallehondo prueba á la salud de tu esposa?

Al oír esta impensada salida, Gonzalo permaneció silencioso un instante mirando con ojos asombrados al cura, como si este acabase de proferir una blasfemia. Repuesto de su momentánea admiración, exclamó:

—Que si estoy seguro? Eso si que es bucnol! Acaso podría ocurrirme dudar? Pero porque lo dice V.?

—Porque al ver la frecuencia con que le asaltan melancolias á tu esposa, alguna vez he sospechado si sentirá nostalgias de Málaga.

—No diré que no influya la menguada salud de D. Antonio; porque á la verdad yo no he conocido amor de hija como el que profesa Camila á su padre. Alas se pone para ir á visitarle, en cuanto recibimos una noticia alarmante. Si creo que hasta acabaré por encelarme!

—Pero es posible que no podais persuadir á ese buen señor, que cuelgue la toga y se venga á vivir con vosotros en santa paz?

—Que quiere V. que yo no haya intentado para conseguirlo? Hasta he recurrido al extremo de amenazarle que rompería con él, y ni por eso se ha apeado de sus trece. Si será terco el hombre!

—Pero bien; algo dirá para fundar su resistencia.

—Sí; «que él no vive de limosna: que el buen artillero muere al pié del canon;» y argumentos por el estilo.

—Y Camila que dice?

—Ella? unas veces aboga calurosamente en favor de mi pretensión, y otras veces se pone de parte de su padre, amonestándome que no contrarie su voluntad. La pobre, lucha para contestar á los dos, sin decidirse resueltamente por ninguno

—Entonces, ¿me permite un consejo?

—Que es permitir? Deber tiene V. en darme, y yo en seguirlo.

—Pues idos á vivir en Málaga hasta que tengan remate las crisis de Don Antonio.

—Abandonar yo á Vallehondo? Desatender mi hacienda? Hirme á vivir en la ciudad una vida de aburrimiento? Oh! no: por todo paso, menos por eso. Me vas muy bien este cielo despejado, este aire libre, esta campiña alegre, y este dulce sosiego, para que me decida á trocarlos por el salón estrecho, la luz del gas, la calle húmeda y ruidosa, y la ridícula etiqueta que en Málaga tendría que soportar.

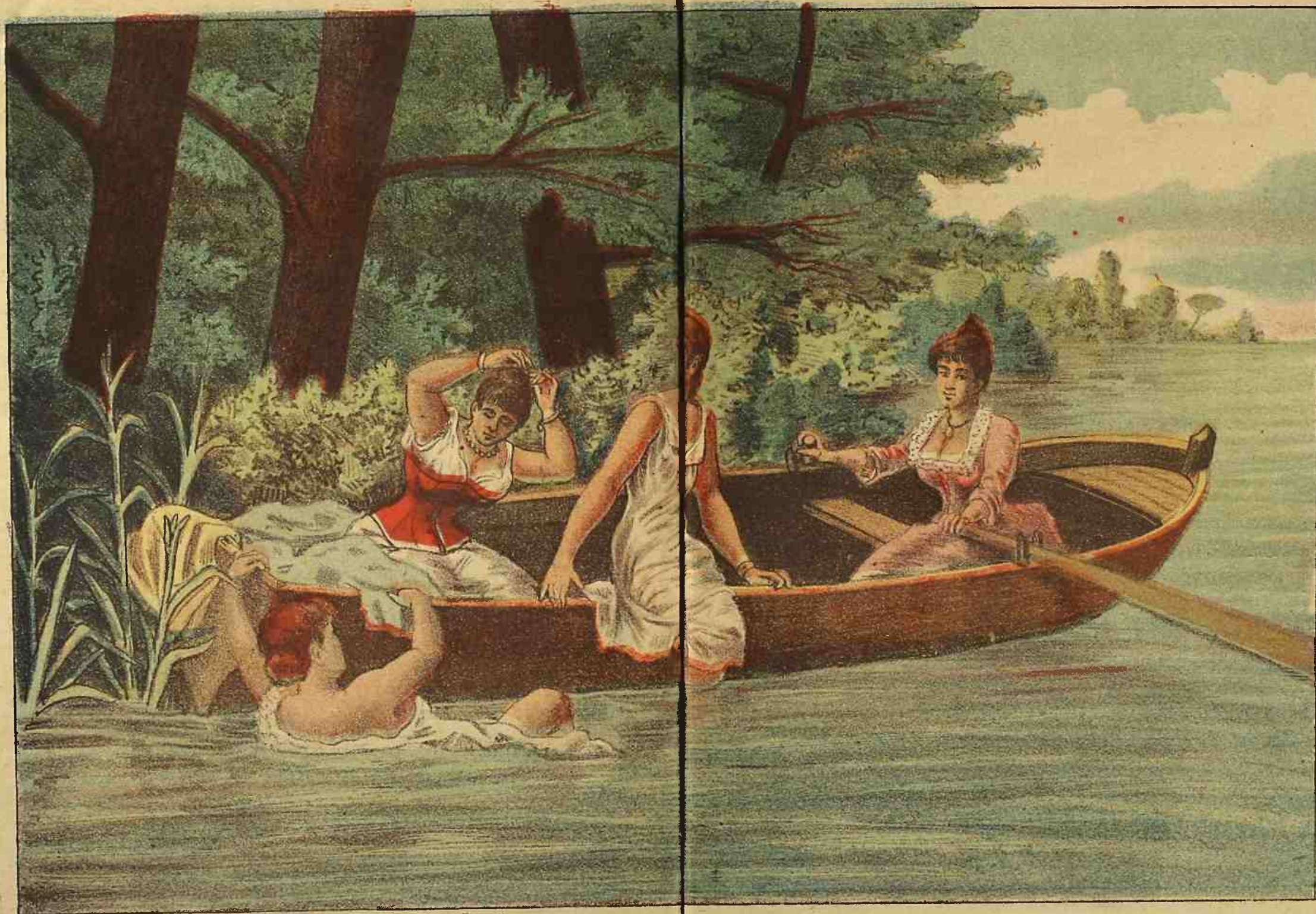
—Que egoista eres!

(Se continuará)

UN EPISODIO DE 1809

Fuerte y continuado estrépito despertó muy de madrugada al vecindario, haciendo que se echase á la calle para averiguar que podía ser aquello que tan bruscamente se entraba por el pueblo. Espectáculo triste el que presenció. Aquí y allá corrían sin tino y como perseguidos por alguna furia, hombres y mujeres, éstas con una, dos y hasta tres pequeñas criaturas en los brazos, y aquellos aguiando bueyes, cabras, ó guiando una carreta cargada de trastos, sacos de legumbres, arcas y ropas en revuelto montón. Lloraban los más;

AL M R....



juraban los menos; algunos se sentaban en medio del camino rendidos de fatiga, y los otros se empujaban á riesgo de derribarse y atropellarse. Era una avalancha de carne que pasaba crepitante, fragorosa, con ondulaciones de ola y estallidos de trueno. «¡Ya vienen! ¡ya vienen!» gritaban con espanto los fugitivos, y sin contener un momento la carrera cruzaron el pueblo sembrando la consternación en sus habitantes. Al fin éstos, por tres ó cuatro aspeados que se rezagaron, pudieron saber la causa de aquella desordenada fuga. Un viejecito que se había sentado en el poyo de un portal, y estaba rodeado de un espeso corro de curiosos, refería lo siguiente:—A media noche, cuando estábamos entregados al sueño nos desveló un ruido extraño. Nos levantamos sobresaltados, y vimos las calles invadidas por una tropa de franchutes, que á culatazos derribaban las puertas de nuestras casas. No sé como fué, que al momento sonó un tiro, y cayó un gabacho; luego sonó otro tiro, y cayó otro gabacho. Enseguida retumbó una descarga, y después de ésta, otra y otra. Oímos ayes y rugidos. Aquello parecía un infierno. Pronto un resplandor rojizo se extendió por el espacio. Los franceses quemaban el pueblo. Entonces nos arrojamos á la calle con todo cuanto nos era más caro, y aprovechando el momento en que unos valerosos jóvenes, sacrificando sus vidas, detenían los pasos del enemigo, huimos por el extremo opuesto de la población de la manera que habéis visto. Los franceses están rabiosos, y creo que no tardarán mucho en llegar aquí.»

Acabada la relación, todos quedaron mirándose en silencio sin saber que resolución tomar, hasta que se levantó una voz diciendo:—Amigos, ¿por qué titubeáis? Ya veis lo que nos espera, y lo que espera á nuestras madres, á nuestras esposas, á nuestros hijos y á nuestras hermanas si dejamos que los franceses penetren aquí. ¿Qué nos podrá suceder si resistimos? ¿Morir? Pues vale más que muramos peleando y vengándonos, que no que muramos de vergüenza. ¡Hermanos, á las armas! ¡Viva la patria! ¡Viva la Religión! «A las palabras del improvisado orador siguió un formidable alarido de entusiasmo.—«¡A las armas! ¡Mueran los franceses!» gritábase por todas partes. A los pocos minutos no había en el pueblo quien no apareciese con un trabuco, un mohoso cuchillo, una hoz ó una pértiga rematada con un pedazo de hierro puntiagudo. Jóvenes y viejos, mujeres y niños, acudieron á la plaza. Era ésta bastante espaciosa para contener á todos los vecinos sin grandes apreturas. Cruzábala á lo largo una dilatada calle que venía á ser como la espina dorsal del pueblo, y limitaba uno de sus lados la iglesia, precioso ejemplar del arte ojival, á cuyo pie se desarrollaba una escalinata ancha aunque maltrecha de puro vieja. En lo alto de las gradas estaban el alcalde y el rector rodeados de entusiasta muchedumbre que pedía se señalase á cada uno puesto de combate. El alcalde asesorándose con el párroco, nombraba unos cuantos hombres, y luego indicaba un punto, que inmediatamente los nombrados iban á ocupar. Así fué disminuyendo rápidamente la multitud hasta no quedar en la plaza, más que los viejos y algunos niños y mujeres incapaces de fatiga. A todos éstos el párroco se los

llevó á la rectoría, y el alcalde marchó á cumplir con su deber. Cinco minutos después reinaba tal silencio allí, que se hubiera dicho que el pueblo estaba absolutamente deshabitado.

Centelleaban en el horizonte los primeros rayos del sol, cuando sonó un fuerte tiroteo en las avanzadas de la población. Habían llegado los franceses, y los lugareños los recibían á balazos. Roto el fuego, la lucha se trabó con encarnizamiento por una y otra parte. El ruido de la fusilería era un continuo trueno, cuyo fragor aumentaban el desplome de alguna pared, y el ronco vocar de los combatientes. Aquel lugar de ordinario sosegado y solamente ensordecido por la alborotada charla de pardillos y gorriones, parecía el centro del infierno. El humo á cada instante se espesaba más y más ennegreciendo el cielo. ¡Ah! ¿qué podía hacer aquel puñado de valientes, contra los dos mil aguerridos y bien armados soldados de Marengo que mandaba Duhesme? Nada más que morir matando. Y á fé que lo hacían á maravilla. Sus viejos trabucos, y oxidadas escopetas dirigían certera rociada de plomo que abría brechas en las orgullosas columnas enemigas. Mas de cien franceses se revolcaban por el suelo nadando en sangre, y aun Duhesme no había podido ganar las primeras casas del pueblo.

Comprendiendo el general francés que iba á sacrificar su gente inútilmente si se prolongaba la lucha, dispuso que entrara en juego la artillería. Desde aquel momento el extrago se enseñoreó del combate. Las débiles casas horriblemente aportilladas caían con extruendo envolviendo á sus defensores entre las abrasadas ruinas. A cada rugido de cañón, á cada estampido de metralla, volaba despedazado un techo, se cubría de llamas un pajar. Y los cañones rujían y rujían como una jauría de tigres, y el incendio y el humo extendían y ensanchaban sobre el pobre caserío su manto rojo y negro.

Por fin la defensa se hizo imposible. Ya no les quedaba á los payeses ni un paredón en que escudarse, ni casi pólvora que quemar. La mayor parte había sucumbido en la lucha. Un diluvio de metralla barrió por fin el último improvisado baluarte, tras el cual se atrincheroaron los últimos héroes de aquel épico combate. Un grito de feroz alegría resonó en las filas francesas, cuando vieron ondear la ráfaga de polvo que levantaron al caer las desmoronadas piedras. ¡Viva España! contestó una extintora voz al clamor salvaje. Y jadeantes, desgredados, ennegrecido el rostro, desgarrado el vestido, salieron dos hombres de entre las ruinas. Viéronles los franceses, al través de la nube de humo que llenaba la calle, correr como dos fantásticas sombras. Sono una descarga. Uno de aquellos hombres vaciló un momento, pero luego volvió á emprender con furia su carrera. Llegaron ambos á la plaza. Una vez allí se miraron y se reconocieron.

—¡Pablo! ¿eres tú? exclamo uno.

—¡Jorge! dijo el otro con acento de asombro.

—¡Ah! quien había de decir ayer que esta mañana nos encontraríamos reunidos aquí. ¿Ves esta pistola? Carguéla ha una semana para matarme hoy al pie de esta iglesia y delante de ti, en cuanto pusieses el pie en ella

para ir á casarte con Magdalena. Porque eres rico, y yo pobre, me robaste la posesión de su amor. ¡Su amor que era mi vida! Pero todo ha cambiado en pocas horas. ¡Pobre Pablo! tu tálamo nupcial, ya ves como se ha tornado. En cuanto á mi, ya no pienso en Magdalena; la patria es mi único amor. Y por ella muero.

—Animo, Jorge; aun nos queda salvación.

—¿Cómo? Solo podemos salvarnos huyendo; y yo no quiero huir, ni tampoco puedo. Ya ves: mis piernas se doblan; estoy herido.

Efectivamente, el muchacho tenía un hombro desgarrado por una bala.

—¿Huir? dijo Pablo, jamás lo pensé. Jorge, olvidemos nuestros agravios. Seamos hermanos ya que la patria es nuestra madre. La iglesia está abierta, sígueme y hagámonos fuertes en ella. Si los franceses pasan sin atreverse á profanar su recinto, nos estaremos quietos y podremos salvarnos. Pero si osan poner allí su planta, nos defenderemos hasta morir. De todas maneras, piensa que no me apartaré de tu lado. ¿Oyes? el enemigo corre desalado y rabioso hacia aquí. Ven.

—No puedo, murmuró Jorge que se estaba desangrando.

—Pues dame los brazos, repuso Pablo: y cargó sobre sus hombros al herido.

Con suma lijereza subió las escaleras de la iglesia.

En aquel momento entraba una compañía de franceses en la plaza.

Vieron los soldados á los dos payeses dirigirse al templo, y asestaron contra ellos los fusiles.

—¡Madre de Dios! ampáranos, dijo Pablo.

Una ráfaga de hierro pasó sobre su cabeza, é hizo saltar en astillas el dorado retablo del altar.

—Déjame, gritó Jorge; esos perros han destrozado á la Virgen. ¡Déjame, no quiero morir sin gastar el último cartucho!

Los franceses con la bayoneta calada subían las escaleras de la iglesia para hacer trizas de los dos amigos. Estos arimados á la pila del agua bendita les aguardaban con pasmosa serenidad. Pablo empuñaba un grueso trabuco. Jorge tenía en la mano una vieja pistola.

—Tira tú primero, dijo Jorge á Pablo.

El trabuco bramó con son horrendo, y cuatro franceses cayeron lanzando agudos ayes. Un oficial intentó avanzar; Jorge soltó el gatillo de la pistola, y el oficial rodó al golpe de la bala que le partió el corazón. Los franceses vacilaron un instante; esto dió lugar á que Pablo volviese á cargar el trabuco. Nueva arremetida de los franceses, nuevo trabucazo, y nuevas víctimas que ensangrentaron el suelo. Una, dos y tres descargas dirigieron los franceses á los sitiados, que contestaban con creciente ardor. De pronto Jorge extendió un brazo á su amigo, y con desfallecida voz, gritó:

—¡Me muero!

Una bala le había penetrado en un costado.

—¡No, no, Jorge! exclamó Pablo: un esfuerzo más y vencemos.

Jorge llevó su mano á la pila, tocó el agua bendita, y con el pulgar trazó una cruz sobre su pálida frente. Sonó otra descarga, y Jorge cayó acribillado al suelo, murmurando:

—¡Virgen María, sálvame!

—Te vengaré, gritó Pablo al ver caer á su amigo. Ciego de rabia arremetió contra los

franceses que ya tocaban el umbral del templo, y vomitó sobre ellos una granizada de balas. Entonces se trabó una lucha feroz. Con un sable en una mano, y con el trabuco en la otra, Pablo en medio de la nube de humo del incendio que por todas partes se extendía, repartía cuchilladas y sablazos. Los pocos franceses que de la compañía sitiadora quedaban ilesos, se defendían con vigor. Sin embargo, pronto el esforzado joven hubiera sucumbido al número si en aquel momento las trompetas enemigas no hubiesen tocado retirada.

Replegó sus tropas Dubesme, abandonando precipitadamente el pueblo, porque las campanas de los vecinos lugares tocando á *somaten*, y el repetido sonar de unos tambores que no muy lejos avanzaba, le advirtió que venían contra él gran golpe de gente.

Mas de media hora estuvo Pablo sin saber lo que le pasaba, ébrio de pólvora, excitado y casi loco. Los abrazos de sus parientes — los gritos de júbilo de sus convecinos le volvieron á la realidad de la vida. Los franceses habían huido vergonzosamente dejando al pueblo abrasado: los somatenes les acosaban, picándoles la retaguardia.

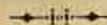
—Quiero ir á dar gracias á la Virgen, porque á ella es debida la victoria, dijo Pablo á la multitud.

Todos con él se dirigieron al templo. Más ¡ay! al pié de la pila, vió el cuerpo destrozado del pobre Jorge, y al lado de él una mujer hermosa que le besaba llorando con dolorosos transportes. Era Magdalena. Pablo se estremeció. Mojó sus dedos en la sangre del cadáver, corrió al altar, se postro de rodillas, y levantando la mano, exclamó con grande voz:

—Reina del cielo; por esta sangre ante tí vertida juro, no volver á tu presencia hasta que haya vengado el ultraje que se te ha hecho, hasta que los pies del invasor no huellen el suelo de mi patria, y hasta que esa pobre niña, viuda de un amor purísimo, me considere digno de ella.

Y sin despedirse de nadie, salió de la iglesia seguido de un puñado de bravos jóvenes, que como él juraron vengarse, y formar partida para batir en guerrilla á los franceses.

NUESTRAS LAMINAS



AL MAR!...

La barca murmura.—Yo soy canastilla de flores que exhalan—efluvios de azahar, con esas doncellas—que robo á la orilla, por dárles en cambio—de perlas al mar.

Murmuran las olas.—Nosotras tenemos encages de espuma—corales sin fin, y para ceñirlos—y dárlos, queremos gargantas y torsos—de nieve y jazmín.

Y exclaman las niñas.—Soltemos los chales, soltemos las trenzas;—no tema el pudor; que el mar que nos ama—darános corales y mantos de espumas—y besos de amor.

Y corre la barca—y cantan las olas, y bañan las niñas—sus cuerpos sin par: sus lindas cabezas semejan corolas, de rosas que flotan encima del mar.

Típ. AL TIMBRE IMPERIAL, Escudillers, 12.



PROCESION DE S.^o MIGUEL DEL PUERTO.